

*Enrique López Albújar*

## ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR

*Por Augusto Tamayo Vargas*

Ya dijimos que en la etapa en que los escritores del Perú oscilaban entre el realismo y positivismo, por un lado y las corrientes modernistas, por otro, es que inició su actividad literaria López Albújar. Y que lo encontramos en medio de los intentos por definir un cuento y una novela nuestras desde los primeros años de este siglo. Pero sólo es en la década del 10 al 20 donde se define su camino literario, coincidiendo con escritores de generaciones posteriores a la de él. Son tres —como se sabe— los prosistas que abren brecha en la narrativa peruana de este siglo: Valdelomar, Ventura García Calderón y López Albújar. Especialmente el primero y el tercero tendrán tan fuertes caracteres propios que abren vías en la narración y tendrán continuadores. En ellos se forja buena parte del cuento y la novela contemporáneos.

Nació Enrique López Albújar en la ciudad de Chiclayo, el 23 de noviembre de 1872; y fue bautizado en Piura el 1º de noviembre del año siguiente, según se certifica en la Partida de Bautizo que insertó, por primera vez, Raúl Estuardo Cornejo en su obra *López Albújar, Narrador de América*. Sus padres fueron Manuel López Vilela y Manuela Albújar Bravo. Y se crió en las ciudades de

Piura y Morropón, ambas del Departamento de Piura, considerándose, por ello, él mismo, piurano. Una educación fraccionada en diversos centros y entre la casa de los abuelos que él pinta en *De Mi Casona* y la de sus padres, hacen de ella lo que llamará “mi odisea escolar”, agolpándose recuerdos muy variados de esa etapa de formación. Concluirá en Lima sus estudios, en los Colegios de Arístides García Godos y de Guadalupe; y pasará luego, a la Universidad de San Marcos. Imbuido del espíritu radical de su época y alimentada su posición rebelde por un temperamento altivo e inquieto, escribirá valientemente en verso y en prosa contra el militarismo imperante en los años anteriores a la revolución democrática de Piérola; y sufrirá prisiones políticas que marcaron su personalidad desde la juventud. El 29 de abril de 1893 escribirá —por ejemplo— en el periódico satírico-político *La Tunda*, un poema agresivo contra el entonces General Cáceres titulado “Ansias”, en que principia diciendo a aquél: “Quiero otra vez sin levantar la mano// acabar con tus sueños de grandeza”...; y que concluye: “Allá veremos si lidiandorecio,// triunfa a la postre la verdad de un loco// o canta gloria la maldad de un necio”. Después de un corto período de prisión, el Jurado de Imprenta lo absuelve y decreta su libertad; pero, más tarde, será nuevamente perseguido por otro poema publicado en *El Comercio* de Lima, el 28 de julio de 1894: “Adios a la Patria”. Esa labor radical y antimilitarista la cumple mayormente López Albújar en un semanario que fundaran José Santos Chocano y Mariano H. Cornejo: *La Cachiporra*. Por otra lado, manifiesta esas mismas ideas radicales, unidas a un naturalismo manifiesto, en el seno de la Universidad de San Marcos. Y aunque su biógrafo Raúl Estuardo Cornejo asegure que no leía entonces mayormente a González Prada, el fervor de la juventud acompañaba a fines del XIX al Maestro y se bebía en los círculos intelectuales finiseculares

no sólo las tendencias generales del pensamiento de aquél, sino sus propias palabras repetidas en los corrillos después de cada discurso de Prada. No puede, así, negarse la fuerte influencia González-pradista que se aprecia en el joven radical y naturalista López Albújar. En 1898 —según consigna el citado Cornejo— presenta una tesis para obtener el Grado de Bachiller en Derecho, que habrá de ser rechazada por “anarquista”: “La Injusticia de la Propiedad del Suelo”. Presentará entonces, al año siguiente una nueva tesis: “¿Debe o no reformarse el artículo 4º de la Constitución?” Mientras tanto, en la vida literaria había editado ya su libro de poemas *Miniaturas*, en 1895.

A partir del 900 López Albújar realizará una proficia tarea periodística en Piura, donde en *El Amigo del Pueblo* va a despertar, con campañas audaces, la atención del público. Una persistente reacción contra él se opera en determinados círculos de Piura ante su rebeldía, franqueza y avanzada ideología. El mismo biógrafo Cornejo señala, ya para entonces, dos predilecciones en la tarea intelectual de López Albújar: Unamuno y Prada.

Si desde Lima había iniciado su tarea de prosista con ensayos como “Rosa Carne”, es en Piura donde va a definir su tendencia a la narración. Los cuentos agrupados en la colección titulada *La Mujer Diógenes* corresponden a una y otra estancia, pero van marcando ya el paso del naturalismo puro hacia una mayor estilización con recursos del lenguaje modernista. Los publicó, mayormente, en *El Comercio* de Lima, entre 1897 y 1901.

Continuará ese camino narrativo con “Cuentos de Arena y Sol”, colección no aparecida en libro y que ostenta ya el sentido regional dentro de un neocostumbrismo que adelanta algunos de los temas de su futura acción de creador intensamente peruano de prosa de ficción. Estos cuentos aparecieron en Piura o en *La Prensa o Variedades* de Lima, hasta 1916, cuando dejara su cargo de Redactor de

aquel diario limeño para entrar de lleno a la judicatura. Porque López Albújar que fuera temporariamente Juez de Primera Instancia de Piura y Juez en propiedad de Tumbes, continuó siendo fundamentalmente periodista con su colección de *Palos al Viento*, con sus colaboraciones en *El Deber* de Piura y en *La Revista del Norte* y después en *La Prensa* de Lima, al lado de Augusto Durand y de Alberto Ulloa. Con el seudónimo de "Sansón Carrasco" realiza algunas campañas importantes y alguna vez defenderá su generación contra ciertas declaraciones de Abraham Valdelomar. También había sido ocasionalmente profesor. Pero todo aquello pasa a un segundo plano, desde el punto de vista profesional, cuando acepta en 1916 la judicatura de Huánuco. Claro que alguna vez declararía: "Hasta cuando administro justicia habla en mí el poeta". (Conviene advertir que López Albújar siempre tuvo especial predilección por su obra poética.) Pero él mismo dijo después: "Ya le he dicho, Cornejo, que para mí más importancia tiene la carrera de magistrado que he hecho. ¡Más que la literatura y el periodismo!"... Suspendido en su cargo de Juez por haber absuelto, a su juicio, a los culpables de un adulterio, López Albújar se retira a la finca de un amigo —Adolfo Cavallié— donde escribirá entre abril y julio de 1918 sus *Cuentos Andinos* que señalan el cenit de su carrera de escritor, al ser editados en 1920. En 1921 escribe en unas vacaciones, entre enero y marzo, su libro de memorias *De Mi Casona*, que publica en 1924. De su permanencia en Huánuco será también la novela *El hechizo de Tomayquichua*, que editará mucho tiempo después. Estando de Juez en Piura escribirá la novela *Matalaché*, que es otro de los grandes impactos en la narrativa peruana. Elevado en su carrera de magistrado a Vocal de la Corte de Lambayeque, pasará allí dos años, continuando activamente, empero, su ya acelerada carrera de escritor. Son especial prueba sus epístolas con Unamuno, cordialísimas, y con Ramiro de

Maeztu, polémicas. Será, luego, Vocal en la Corte Superior de Tacna, desde 1931 hasta 1946 y continuará viviendo allí hasta 1954, en que se traslada a Lima. Durante su estancia en Tacna publicó *Los Caballeros del Delito*, colección de viejas y nuevas estampas de bandoleros; los libros de poemas *De la Tierra Brava* y *Lámpara Votiva*; y *Las Caridades de la Señora Tordoya*, cuentos que vuelven al autor hacia su nacimiento naturalista y a sus antiguas lecturas de Eça de Queiroz. Continuó escribiendo nuevos cuentos en *El Comercio* de Lima y publicó algunas páginas de sus *Memorias* hasta pocos años antes de su muerte. En 1962 recibió extraordinarios homenajes al cumplir los 90 años de edad, como el Patriarca de las letras peruanas contemporáneas. Murió en 1966.

Podemos decir que su libro juvenil *Miniaturas* no significa un suceso en la poesía peruana de fines del siglo XIX, a pesar de la polémica y de las anécdotas que su publicación ocasionara entonces. Tampoco, a pesar de su tono colorista y de su sabor costumbrista, puede decirse que *De la Tierra Brava* haya producido una gran impresión en la crítica general o en los cenáculos intelectuales. Considero, sin embargo, que “El Río de Mi Aldea” debe estar en la Antología de la Poesía Peruana. En general prima un sentido regional y unos caracteres circunstanciales, con “motivos piuranos” y decires de la “patria chica”, con inteligente gracia y con rescoldos de prosa que López Albújar maneja con tanta soltura. *Lampara Votiva* es otra colección de sus poesías.

Dentro del corte de Maupassant es que López Albújar inicia su carrera de narrador con cuentos como “El Triunfo de El Trovador” o “La Gran Payasada”. Su cientificismo, muy fin de siglo, se expresa en “Febrimorfo”, donde, por otra parte, el modernismo va colándose en él con la fantasía de Edgar Allan Poe, que influía ya entonces activamente en escritores como Clemente Palma. También en

una mezcla de modernismo y científicismo —con primeros atisbos freudianos y con lecturas clásicas— escribe “La Mujer Diógenes”, “El Doctor Nava”, “Desden Vencido”, etc. Con mayor insistencia en la temática modernista será “Dos rivales”. Destacan en ese cuadro de ejercicios narrativos por caracteres precursores de lo que habrá de ser el cuento a lo López Albújar: “Fuera de Combate” y “Una frase”. El primero, porque muestra en los estertores de una brutal agonía, como dice Raúl Estuardo Cornejo, toda la “garra”, toda la sustanciosa prosa del que habrá de ser el autor de *Cuentos Andinos*. “Por la rotundidad de la narración, la soltura de su soliloquio, la plasticidad de su estilo, esta pequeña pieza narrativa —añade el citado crítico— sobresale en la colección”... “Una frase”, relato muy convencional, tiene, sin embargo, el gesto final con rictus de venganza que adelanta muchas páginas de López Albújar.

El propio Cornejo ha insistido en el valor de “Cuentos de Arena y Sol”, donde cree encontrar dentro del ambiente provinciano y neocostumbrista de los relatos ya el claro realismo vernacular de los *Cuentos Andinos*... “Un día de triunfo” que aparece en la citada colección ha servido para unas *Memorias* publicadas recientemente, en 1963; y corresponde al ambiente de la infancia que López Albújar utilizara en *De Mi Casona*. Debemos señalar que el tema social está representado en estos cuentos por “El eterno expoliado”. Que los perros, como elemento narrativo relacionado con la vida del hombre común, estarán “En la embajada de los perros”. Que el misterio y la angustia se pueden ver en “El fin de un redentor”, “Aquellos vino de arriba” y “Las carrozas”. Que el realismo de *Matalaché* y su tesis de libertad sexual, pueden tener antecedentes en “Castidad perdida”. Y por último que los elementos que López Albújar recoge del medio ambiente, unidos a un sentido trágico de la vida, escuetamente presentados en una prosa que no quiere ser exquisita, se re-

flejan en "La Catástrofe", donde se unen "tormenta", "jazz band", "clamor de mujeres y llanto de niños" y una casa que se la lleva "el diantre". La descripción está ajustada al estilo López Albújar: "El blancor de la ciudad desfallecía..." Y al final, el espíritu del agua..." pasa mordiendo la ciudad".

Pero son sus *Cuentos Andinos*, solamente publicados en 1920, con prólogo de E. Ayllón, los que van a significar tanto en la historia literaria peruana. Ofrecen, en primer término, un definido indigenismo con una evidente preocupación por el destino del hombre peruano. Muchos e intensos estudios y encuestas son precursores de su peculiar indigenismo, como ha mostrado Cornejo. Hay en esos cuentos ahondamiento psicológico y pupila de magistrado, pues muchos de los casos allí presentados están relacionados con el tema del delito, de la situación particular del indio dentro de una legislación que no está acorde con su tradición o que él ignora. Pero al lado de ese temperamento que podemos llamar sociológico, López Albújar posee un extraordinario sentimiento trágico que domina la escena, inundando el cuadro con el horror, la conmiseración, la admiración espeluznante, el espanto. También está, a veces, la explicación mítica de accidentes geográficos, o la presencia de tipos particulares de un folklore que se convierte en motivo fuertemente literario: *pishacos*, bebedores de sangre; o fiestas comunales con extraño ritual mágico.

El lenguaje es con frecuencia directo y seco. Inicia, por ejemplo, su más difundido cuento: "Ushanan Jampi", en esta forma: "La plaza de Chupán hervía de gente". Pero, a la vez, hay una adjetivación dura y sombría: "unos perros color de ámbar sucio, hoscos, héticos, de cabezas angulosas y largas como cajas de violín, costillas transparentes, pelos hirsutos, miradas de lobo, etc." Los altos jefes de las comunidades conservan un erguido tono sentencioso

y austero; los delincuentes se mueven dentro de una tendencia “determinista”, que dirige la obra de López Albújar, dominado por el positivismo de sus primeros años, que él ha envuelto en un halo de dramatismo y de efectivo logro prosaico. El final del mismo “Ushanan Jampi” es un modelo del giro literario que predomina en los *Cuentos Andinos*:

“Seis meses después, todavía podía verse sobre el dintel de la puerta de la abandonada y siniestra casa de los Maille, unos colgajos secos, retorcidos, amarillentos, grasosos, a manera de guirnaldas: eran los intestinos de Conce Maille, puestos allí por mandato de la justicia implacable de los yayas”.

En “El Campeón de la Muerte”, Hilario Crispín que ha raptado a la hija de Liberato Tucto porque éste no se la dio en matrimonio, se presenta una noche ante aquél y arrojando al suelo un saco que traía a sus espaldas dice:

“Viejo, aquí te traigo a tu hija para que no la hagas buscar tanto, ni andes por el pueblo diciendo que un mostrenco se la ha llevado”.

Y vaciará el contenido “nauseabundo, viscoso, horripilante, sanguinolento, macabro”... En ese mismo cuento, Tucto se vengará de Hilario haciéndolo matar por un asesino a sueldo, quien recibe la comisión de herirlo por diez veces, para hacerlo sufrir, antes de darle el tiro fatal.

“En seguida descendieron ambos hasta donde yacía destrozado por diez balas, como un andrajo humano, el infeliz Crispín. Tucto le volvió boca arriba de un puntapié, desenvainó su cuchillo y diestramente le sacó los ojos!

—Estos —dijo, guardando los ojos en el huallqui— para que no me persigan; y ésta —dándole una feroz tarascada a la lengua— para que no avise.

—Y para mí, el corazón —añadió Juan Jorge— Sácalo bien. Quiero comerlo porque es de un cholo muy valiente”.

Estas escenas y finales violentos, “sádicos” al decir de algún comentarista, poseen un efecto literario único, creando un ambiente propicio al campo andino, seco, grave, fuerte, donde se realizan los acontecimientos. En general no hay lugar sino para pocas palabras donde esté presente ese paisaje, pero —por una acción de retrovisión— uno lo percibe a través de la emoción, del lenguaje y del cuadro mismo de los hechos que se acomodan a una circunstancia determinante. No son las fuerzas de la naturaleza, ni la opresión del indio, las que aparecen primordialmente en estos cuentos, sino la psicología de personajes especiales y la vida misma en instantes trágicos, dentro de características propias del Ande y de la comunidad indígena. El indio está ahí, en sí mismo, como el gran personaje de la narrativa peruana. Cuadros plásticos que sirvieron para que otros manifestaran —siguiendo su estilo— la protesta social o la angustiada visión de una realidad que aplasta al individuo. “Las tres jircas” —con los tres cerros de Huánuco—; “La mula de Taita Ramón”; “La soberbia del piojo”; “El licenciado Aponte”; “Cómo habla la coca”, etc., se constituyeron —junto con los citados “Ushanam Jampi” y “El campeón de la muerte” en el camino inicial por donde transitan muchos de los narradores contemporáneos del Perú. *Los Cuentos Andinos* tuvieron en el propio López Albújar una continuación en *Nuevos Cuentos Andinos*, donde se encuentran los mismos señalados caracteres. Ya en el Nº 4 de la revista *Palabra* decíamos: “Hay (en el libro) una afirmación de amplia tarea literaria y nacional; y una renovación de los valores estéticos. “El Brindis de los Yayas” es una puesta en escena de un drama andino, con su espléndido final; donde los “yayas”

que pensaban envenenar al moderno alcalde Ponciano, son más bien obligados a beber, uno a uno, el tósigo mortal. Ponciano quiere perdonar a Sabiniano Illatopa, padre de su amada Marcela, a instancias de ésta, pero “el indio, olímpicamente, apuró, a grandes tragos, la bebida fatal, mientras los demás *yayas*, pálidos, sudorosos, trémulos, vacilantes, con las pupilas casi apagadas por el soplo de la muerte, aprobaban, con marcados movimientos de cabeza, este apóstrofe del feroz Huaylas: —Ponciano Culqui, alcalde hechizo y mostrencos, aprende a morir como nosotros para cuando te llegue la hora que deseamos pronto...”. También el carácter andino, la venganza, el cuadro espejuznante, se hacen presentes en “Cachorro de Tigre”, donde el indiecito, vengador del padre, lleva en el poncho los ojos del “enemigo”, también para que no lo persiga la justicia, como en “El Campeón de la Muerte”:

“Y aquellos dos pedazos de carne globular, gelatinosos y lívidos, como bolsas de tarántula, eran, efectivamente, dos ojos humanos, que parecían mirar y sugerían el horror de cien tragedias”.

Hermoso cuento es “Huayna-Pishtanag” (Donde se asesinó a la querida), que López Albújar dedicara a Unamuno; en el que se muestra al lado de aquellos atributos de estremecimiento, de violencia seca, de adjetivar fuerte, un problema de la sociedad patronal-feudal del Perú, que habrá de servir a muchos de los cuentistas posteriores a López: el abuso del patrón que atropella sexo y sentimientos de las mujeres de la hacienda, como también que pone y quita vidas de sus peones y servidores. Don Miguel Berrospi es el dueño y señor, que aparece dominado por el apetito sexual y por el “vértigo” de cóleras tremendas. Aureliano, es el amante que arrostra peligros y fatigas por llegar donde la amada Avelina que se resiste

tenazmente a la persecución del patrón Miguel y que terminará arrojándose al abismo, cuando sabe que los perros han destrozado al amante.

“¡Taita Miguel! ¡Taita Miguel!, tus perros han cogido a Aureliano allá abajo y se lo están comiendo.....”

“Moradores del infierno más próximo del cielo —dice Juan Ríos— los héroes de López Albújar se parecen en realidad a la naturaleza circundante. Una oscura, volcánica fuerza palpita bajo su inmóvil apariencia. Y el drama humano madura lentamente hasta que de pronto, sin signos precursores, estalla con la violencia, desnuda, elemental de una catástrofe geológica”. Decíamos hace algunos años, que en ello López Albújar no llegó a precisar exactamente —ni le importó tampoco— los límites entre el cuento y la novela; pues, a pesar de su titulación “cuentos”, presentó en ellos esa atmósfera, ese total de la novela, sin que, claro, no dejara de tener importancia el acontecimiento, el “golpe” del cuento que fue conseguido agudamente por el observador judicial y por el rebelde insatisfecho que llevaba dentro el magistrado de Huánuco, de Piura y de Tacna.

Tendiendo más claramente a la novela, López Albújar, escribió *Matalaché*, presentación del personaje “mulato” de la costa. El tema es romántico: amores de un siervo mulato y de la hija del patrón. Un hálito poético sopla por sobre la obra, que es indudablemente una de las mejores novelas escritas en el Perú. El autor la llamó “novela retuardista” —en oposición a vanguardista—, por su sabor tradicional, por su vuelta a épocas ya caducas de esclavitud y por la obsesión de realidad que la anima en un expresionismo literario que contraría la literatura modernista y más aún la vanguardia que ya preponderaba en la época en que fue publicada *Matalaché*. Hay en la obra

“determinismo” positivista, observación psicológica, patentizado el tormento sexual, exposición de un medio social superado hoy aparentemente, pero que aún mantiene, en los prejuicios y en las divisiones clasistas, el mismo problema que se exhibe en los imposibles amores del mulato y de la dulce y blanca María Luz. López Albújar ha recogido en esta obra la tradición realista de Mercedes Cabello, pero la ha superado en el transcurrir armonioso del tema, en la fácil exposición de los hechos, en la captación sutil del lector; en el encanto poético con que se baña la pasión sensual de *Matalaché*, con un dulce despertar, humilde y esclavo, hasta el final dramático con que el “bueno” del propietario de “La Tina”, perdido el control ante el hecho insalvable del embarazo de su hija como fruto de sus amores con un siervo oscuro, manda matar al capataz José Manuel en una hirviente tinaja de jabón. Vigoroso aunque truculento final donde López Albújar prueba sus garras y plantea otra vez el camino de la rebeldía, que no se sabe si desemboca en la revolución social o en la exaltación individualista de un anarquismo escéptico, última consecuencia de discípulo de González Prada. Así como *Cuentos Andinos* tuvo una indudable repercusión en seguidores del cuento neó-realista, así también *Matalaché* tuvo indudables continuadores, fuertemente influenciados por el tema y por el vocabulario costumbrista —regionalista— costeño. José Diez Canseco y Fernando Romero coincidirían en mostrar interés para sus respectivas obras, por el personaje mulato o zambo que forma parte principalísima del pueblo costeño del Perú.

El descriptivismo hosco de López Albújar se nota por cualquier parte del libro:

“Un gran silencio flotaba sobre la verde y gran extensión. Yerbasantas, chilcos, algarrobos, faiques, zapotes, cerezos silvestres, lipes y médanos parecían

sumidos en la modorra de la hora estival" . . . "Apenas si alguna soña, de esponjado buche, chisqueaba su cromático gorjeo" . . . "el monótono paisaje piurano" . . .

Y se termina con la característica prosa agresiva y escalofriante:

"Y sobre el crepitar de la enorme tina de jabón se oyó de repente un alarido taladrante, que hendió el torvo silencio del viejo caserón y puso en el alma de los esclavos una loca sensación de pavor"

El realismo de López Albújar se manifiesta en la construcción de la Casa-Hacienda de "La Tina" y en el elemento esclavo que la conforma: "Y en este vértigo de trabajo el negro era el que más contribuía con su sangre y su sudor. Al igual que a las bestias se le daba ración contada y medida". Vendrá el detalle de sus once horas de trabajo, con un minucioso pormenor sociológico. Aquí estará fundamentalmente la diferencia con Horacio Quiroga, el narrador uruguayo modernista con quien se le ha comparado, porque éste se deja arrastrar simplemente por la alucinación, por el espanto y la locura de la selva; mientras que López Albújar tiene orientada su brújula y sabe a donde camina. "Gracias a él —dirá Juan Ríos en el mismo citado Prólogo— sabemos ya que el hombre del Ande encontrará el camino de la libertad el día que un ideal colectivo le devuelva —plena y transfigurada— su esperanza". Pero la obra de López Albújar está más allá del indianismo; está en un despertar de todos los miserables, sean indios, mestizos, negros o blancos. *Matalaché* se orienta, precisamente, a una superación del concepto de raza. Y ha de hacer del hombre del pueblo peruano, indio—unas veces— mulato —otras—, el tema esencial de un narrar que se profundiza en la hondura misma del país

y sus problemas. El sexo es fundamental en *Matalaché*. Y, así, sus escenas de sexualidad corresponden al planeamiento general de la obra: la superación de todo contenido racial con el amor entre seres de diversa condición; y la idea del amor libre, que ya expresara en relatos iniciales.

“...para la mujer el sol piurano es todavía más sol que para el hombre porque es algo más que sol. Es él quien primero le habla a su sexo; quien la prepara y la incita a conocer el misterio de la fecundidad; quien le espolvorea en la mente el polvo mágico de los ensueños y en la urna sexual, los primeros ardores de la feminidad; quien le despierta tempranamente la imaginación a las falaces sugerencias de la especie y quien, en fin, la arroja implacable, a la tristeza de las vejedes prematuras”... “todas las voces mayúsculas de la sensualidad”/...

Y María Luz seguirá penetrando en el mundo obsesionante de la sensualidad, mientras la peonada grita en “epiléptica carcajada” su canto:

“Cógela, cógela, José Manué;  
mátala, mátala, mátala, che”.

En el capítulo de “La Siesta” la voluptuosidad ha prendido en María Luz. “Y era vano resistir”. El autor pone en ella pensamientos de igualdad, de liberación de prejuicios raciales. Y al recordar hombres que lucharon por la libertad, piensa que riegan su sangre por su tierra “roja y azul, de blanco, negro e indio, ya que toda ella era de esclavos”. En el capítulo “Un corazón que se abre y una puerta que se cierra”, María Luz “acaba por resolverse” y vendrá la entrega en escenas libres de falsos pudentes, pero que López Albújar sabe tratar con indudable técnica narrativa. Hay otras notas importantes en la obra. Por ejemplo la costumbrista y poética del contrapunto

campesino, con el triunfo de José Manuel sobre “Mano de Plata”, quien “vencido, ceñudo y trágico” desenvaina el machete y se amputa la mano derecha de un tajo, tirándola a los piés del vencedor, en otro de esos gestos típicos de los personajes de López Albújar.

*Los Caballeros del Delito* es un buen escaparate para encontrar personajes y temas al cuento peruano. Constituye un eslabón en cierto campo de la narración que ha tenido mucha acogida en los últimos cuarenta años de la literatura peruana.

Continuando con ciertos aspectos costumbristas, pero envuelto especialmente por el hálito del valle andino, López Albújar escribió *El Hechizo de Tomayquichua*. Varios motivos se unieron para forjar la trama de esa novela: la falsa creencia del nacimiento de Micaela Villegas en Huánuco, la presencia en Tomayquichua de un pintor limeño, amigo del novelista, obsesionado por el paisaje huanuqueño; y la necesidad de hacer una como discreta comparación entre la costa y la sierra. Lleva su ficción también a años anteriores de la República. Una nueva Miquita ha seducido al pintor Andraca en Tomayquichua y su amigo, el doctor Quesada, llega hasta ese pueblo huanuqueño para salvarlo; pero habrá de caer en la tentación de Rosario la hermana de Miquita. Entre posibilidades de encantamientos y hechicerías surge la trama con la misma pluma fuerte de López Albújar, aunque mucho más convencional que en sus otras obras. Cuando el doctor Quesada después de haber escapado a Lima para librarse del hechizo de Rosario, regresa a Tomayquichua ante las noticias de la tormenta amorosa que ha desatado en el alma de aquélla, encuentra que Rosario en venganza se ha dejado seducir por un antiguo pretendiente; y la hallan al pie de él cuidando las heridas que le han inferido Quesada y Andraca en una verdadera cacería humana:

“Demás que hayan venido por mí —respondió Rosario irguiendo el busto, pero siempre de rodillas—. He resuelto quedarme, no porque este hombre me haya ofendido, sino porque comprendo que es él quien me merece . . . .”

Y añadirá después en el diálogo: “Prefiero a los hombres de mi pueblo; a estos pobrecitos que, aunque los desdeñen, saben matar por la mujer que quieren”. Quesada dirá tan sólo: “Nos ganó la partida el cholo”. Jiménez Borja comenta que en la novela se “oponen la ciudad al campo”. Y que en ella prima el misterio, a través del hechizo que “las mujeres hacen a los hombres en la dulce molicie de los valles andinos”.

El relato *De Mi Casona* constituye una inmersión en el costumbrismo costeño. Con una serena sequedad autobiográfica, López Albújar desentraña su pasado y su infancia, dentro del ambiente familiar piurano, sin el menor resabio, con la más clara y tersa franqueza. López Albújar mantiene aquí la sencillez de su sintaxis, la mesura de su lenguaje, a veces hondamente expresivo pero siempre revestido de una severidad vigorosamente humana, sin desmerecer el arte. Uno de los más claros ejemplos de esa prosa está en la descripción de la abuela:

“Pero es que su espíritu, como la parra, tenía un doble aspecto: dura, seca, leñosa, llena de fibras y retorcimientos angustiosos unas veces; otras lozana, juvenil, jugosa, sombreante y cargada de racimos de ternura y abnegación. Y, como la vid, también, a cada poda de sus hijos —poda que consistía en fuertes tarascadas a su paciencia y a su patrimonio— parecía renacer más lozana y pujante y más cargada de dulces y jugosos granos”.

La sinceridad del relato conmueve por sus confidencias en voz alta, sin complicaciones y sin acomplejados re-

buscamientos: "Cuando yo pisé la casa de mis abuelos, mis padres no se habían casado todavía". Y la abuela aparece dirigiendo un negocio de hospedaje en la "casona", con modestia y sabiduría, ya que "encarada con la pobreza desde que nació continuó forjándole un blasón a su humilde estirpe; ese blasón, que insensiblemente, va apareciendo en el frontispicio de los hogares que labran su dicha y bienestar a costa del propio esfuerzo". Hay una fuerte admiración por esa mujer valiente que crea una buena situación económica para los suyos y que logra enviar a los mejores colegios de la capital a los hijos. Y hay una tibia simpatía por el abuelo sobre el que dirige una vez más su franca mirada de objetivo narrador:

"Fue en este libro donde encontré registrado el nombre de mi abuelo Agustín; mestizo, 21 años de edad, sastre".

Y se explica con toda sencillez, entonces, la discreta elegancia de ese hombre que "sabía de cortes y de géneros". Y lo verá "decadente" frente a la abuela enérgica y directora; "un fatigado del trabajo; más que un decepcionado, un aburrido". "Aparte de esto —añadirá líneas después— mi abuelo era el mejor corazón de la familia". Esa familia es la que sirve de principal tema al libro. Unas veces es la honradez de la abuela que salva a un joyero a quien pretende robar un acompañante. Otras, la entrega que hace del abuelo, partidario de Vivanco, a los soldados del Gobierno para que se le terminen los deseos de "politi-quear". La entereza oculta del "taita Agustín"; el orgullo de todos por unos blasones nacidos del trabajo diario.

"Allá en los buenos tiempos de nuestra familia, cuando mi abuelo Agustín no cosía ya pantalones, pero mi abuela Micaela seguía vendiendo biscochos y tortas regaladas"...

Un personaje le sirve como prototipo de narración; es la tía Isabel, donde se muestra “la triste naturaleza de los débiles”. “Indudablemente que la esperanza es una gran virtud —le dirá un día al sobrino, después de contarle su historia.— El infierno es de los impacientes, por eso he vivido yo en él tanto tiempo...”

Rodean esas memorias familiares los aspectos de un pueblo típico de la costa norte del Perú. Con sus regionalismos, sus fiestas, sus costumbres. A veces, la insistencia en un giro del lenguaje. En otras ocasiones López Albújar se detiene en pintarnos rasgos del pueblo piurano; o manifestaciones expresivas de su arte en el caso del santero “El Ñato”; o la vida de los colegiales dentro de lo que él considera su “odisea escolar”. Entre estas páginas, amenas y sinceramente emotivas, surge el dramático narrador; y la locura del “primo” Francisco cierra el libro con sabor a novela.

*Las Caridades de la señora Tordoya* se constituiría en el capítulo de la ancianidad de López Albújar. Ha menguado la rebeldía de su novelar trágico, de su presentación de indios abatidos por la desgracia, de venganzas implacables, de sucesos manejados por un determinismo del que no escapa la voluntad del hombre, pugnando agotadora-mente por su libertad. Cuando estos caracteres dibujados con palotes gruesos han perdido su fuerza, vuelve el autor hacia la poesía expresionista de sus años mozos y a estos cuentos de intriga realista. Pero aún en las narraciones de este libro hay estampas y acontecimientos que muestran la buena prosa de López Albújar, dentro de un volver hacia el Eça de Queiroz sarcástico de su juventud con el vigoroso realismo que hizo de él un magnífico exponente de la literatura de ficción en el Perú.

Gracias a la perseverante acción de Raúl Estuardo Cornejo, López Albújar publicó parte de sus *Memorias*. Son diversas facetas de su vida sin un plan metódico y

sugiriendo impresiones aisladas que constituyen por sí solas capítulos de un novelar biográfico. Precisamente arrancan con una “Pequeña autobiografía” que entregara el autor en 1922 a *World Fiction* de New York; donde anuncia la salida de su libro *De Mi Casona*. Estará, luego, la figura del maestro a quien más estimó López Albújar en sus movidos años de estudiante de primaria. También su relato “Un día de Triunfo”, que formó parte inicialmente del libro inédito: “Cuentos de Arena y Sol” y donde el autor contrapesa en unas páginas el falso anuncio de una victoria definitiva de Grau y el verdadero desastre heroico de Angamos. En el capítulo que titula “Mi día”, López Albújar nos presenta su primera prisión, el contacto que tuvo con los presos comunes y la fecha en que obtuvo una libertad honrosa. Contienen también las *Memorias* dentro de sus páginas, como tema de fondo, su vida de magistrado. Para después ofrecer la sentencia que dictara en el juicio de adulterio y la defensa que hiciera de su generación ante Valdelomar. López Albújar es aquí también narrador y crítico.

Ciro Alegria dijo unas palabras en el Prólogo de esas *Memorias* que vale la pena repetirlas: “Los muchachos de mi generación imbuidos de las nuevas ideas políticas, que eran signo de los tiempos que comenzábamos a escribir, influenciados por las mismas, vimos en López Albújar a un escritor que, no haciendo literatura proletaria según las normas de los más ortodoxos, sí era una vigorosa expresión del pueblo”. Y termina en una reiteración de lo dicho al afirmar que sus palabras son “el homenaje de un miembro de la generación del 30, a quien señaló con páginas memorables *parte del camino que hemos andado*.

